

BIBLIOTECA

No quiero engañarlos o las ilusiones perdidas: una lectura improbable de Monterroso

Cada vez que, en el curso de una conversación, sale a relucir el tema del relato breve y alguien cita «El dinosaurio», y satisfecho, afirma que es el mejor ejemplo del arte de Augusto Monterroso, me siento casi en la obligación de contestarle que «Fecundidad», con ser un poquito más largo, no me parece un texto menos representativo. Si contamos bien, sólo tres palabras separan a «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí» de «Hoy me siento bien, un Balzac; estoy terminando esta línea». Ambos relatos constituyen la más diminuta antología del guatemalteco y, probablemente, la muestra más depurada de su cuentística. Por supuesto, hay varios mundos –varios universos– entre ellos y nadie ignora que «El dinosaurio» es, de sobra, mucho más conocido. Con todo, siempre he pensado que los dos textos tienen el mismo peso y que, en el fondo, son complementarios. Es más, fiel a mi obsesión, alguna vez llegué a imaginar una síntesis de «El dinosaurio» y de «Fecundidad», un minicuento de horror protagonizado por el propio Monterroso

so y que rezaría: «Cuando despertó, Balzac todavía estaba allí».

No pretendo restarle méritos a «El dinosaurio» con esta porfiada actitud mía ni dejo de reconocer lo que algunos llaman «el milagro de las siete palabras». Pero si insisto en la importancia de «Fecundidad», si he soñado incluso con una amalgama espuria, es porque considero que ese otro relato más breve de Monterroso encierra las claves de una interpretación alternativa de su obra –de una lectura un tanto sesgada y oblicua, pero que es, hoy, la que más interesa. Creo que podría intitularla «No quiero engañarlos o las ilusiones perdidas» y, en esas páginas, me gustaría mostrar cómo Augusto Monterroso utiliza el tópico del escritor que no escribe –o del escritor que no quiere escribir o del escritor que ya no puede escribir– a fin de distraer la atención del lector y hacerle pensar que lo que le preocupa es una especie, cuando en realidad lo que quiere ofrecernos es el acerbo retrato de un género. Dicho de otro modo, mi eventual ensayo trataría de probar que, así como en las fábulas el animal sirve para hablar del hombre, así, *mutatis mutandis*, en la obra de Monterroso el escritor que no escribe es la perversa máscara que permite hablar del escritor que sí escribe o, mejor, del escritor *tout court*. Y es que, detrás de la temática del obstáculo y de la esterilidad creativa, en una suerte de doble fondo, veo asomarse el largo combate del guatemalteco